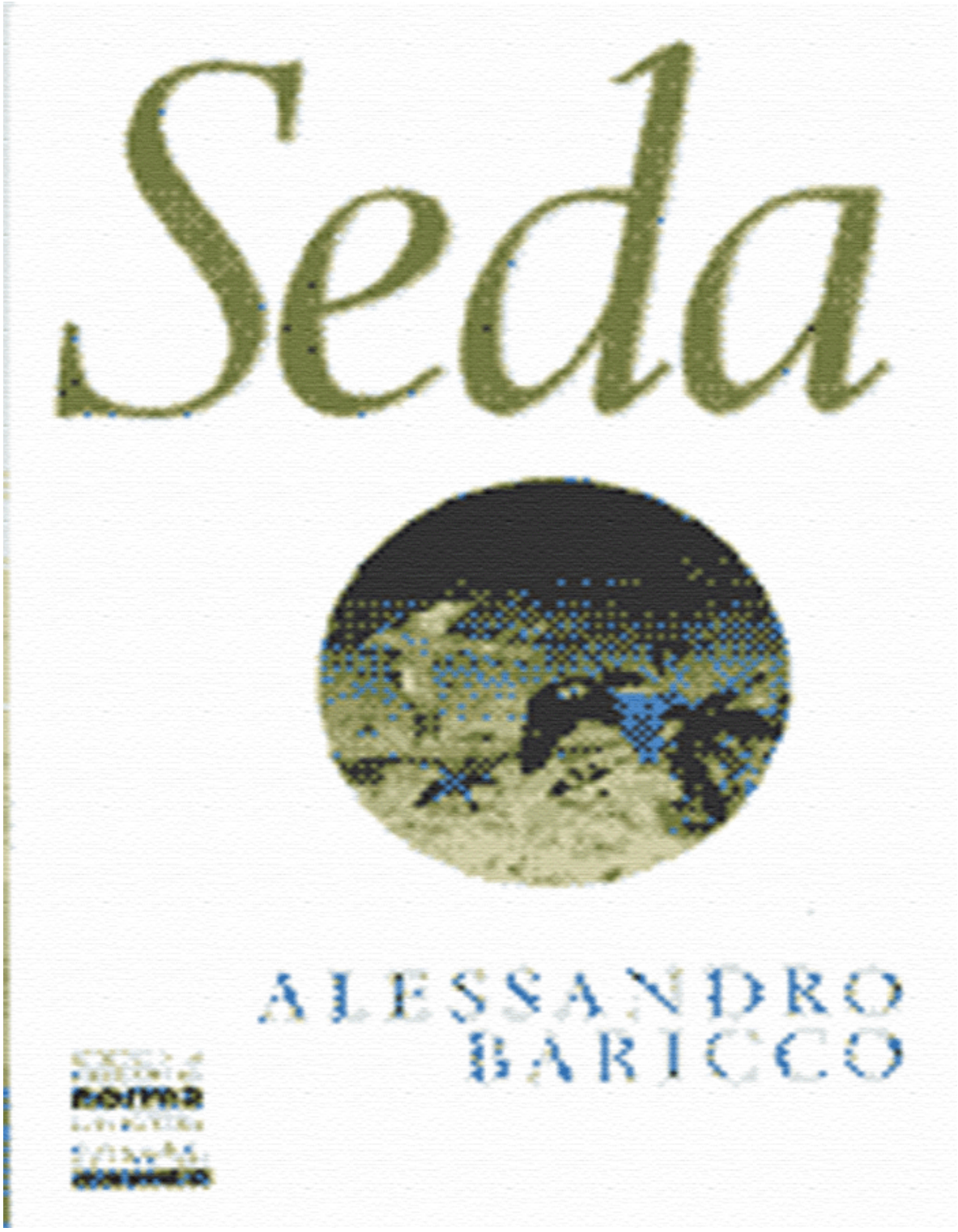
Seda
Alessandro Baricco



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AUNQUE su padre hubiera imaginado para él un brillante porvenir en el ejercito, Hervé Joncour había terminado por ganarse la vida con un oficio insólito, al cual no le era extraña, por singular ironía, una característica tan amable que traicionaba una vaga entonación *femenina.*

Para vivir; Hervé Joncour compraba y vendía gusanos de seda.

Corría el año de 1861. Flaubert estaba escribiendo *Salambó,* la iluminación eléctrica era todavía una hipótesis y Abraham Lincoln, al otro lado del océano, estaba combatiendo en una guerra de la cual no vería el fin.

Hervé Joncour tenía 32 años.

Compraba y vendía.

Gusanos de seda.

2.

PARA SER EXACTOS, Hervé Joncour compraba y vendía los gusanos cuando su existencia de gusano consistía en ser huevos minúsculos, de color gris o amarillo, inmóviles y aparentemente muertos. Bastaba la palma de una mano para tener millares.

"Lo que se dice tener una fortuna en la mano."

A principios de mayo los huevos se rompían, liberando una larva que, después de 30 días de febril alimentación a base de hojas de morera, procedía a encerrarse nuevamente en un capullo, para luego salir definitivamente dos semanas más tarde, dejando tras de sí un patrimonio que en seda hacía mil metros de hilo crudo y en dinero una bonita cantidad de francos franceses: suponiendo, claro está, que todo esto acaeciera en el respeto de las reglas y, como en el caso de Hervé Joncour, en alguna región de la Francia meridional. .

Lavilledieu era el nombre del lugar en el cual vivía Hervé Joncour.

Hélene el de su mujer.

No tenían hijos.

3.

PARA EVITAR los daños de las epidemias que cada vez con mayor frecuencia afligían los cultivos europeos, Hervé Joncour llegaba incluso a cruzar el Mediterráneo para adquirir los huevos de gusano en Siria y Egipto. En eso consistía la característica más exquisitamente aventurera de su trabajo. Cada año, a principios de enero, partía. Atravesaba mil seiscientas millas de mar y ochocientos kilómetros de tierra. Escogía los huevos, discutía el precio, los compraba. Después se volvía, atravesaba ochocientos kilómetros de tierra y mil seiscientas millas de mar y entraba de nuevo en Lavilledieu, de ordinario el primer domingo de abril, de ordinario a tiempo para la Misa Mayor.

Trabajaba todavía dos semanas más para poner a punto los huevos y venderlos. El resto del año, descansaba.

4.

-¿CÓMO ES África? -le preguntaban.
-Cansada.

Tenía una gran casa en las afueras del pueblo y un pequeño laboratorio en el centro, justo enfrente de la casa abandonada de Jean Berbeck.

Jean Berbeck había decidido un día que no hablaría nunca más. Mantuvo la promesa. La mujer y las dos hijas lo abandonaron. Él murió. Nadie quiso su casa; así, ahora era una casa abandonada.

Comprando y vendiendo gusanos de seda, Hervé Joncour ganaba cada año una cifra suficiente para asegurarse a sí y a su mujer esas comodidades que en provincia tienden a considerarse como un lujo. Gozaba con discreción de sus haberes y la perspectiva, verosímil, de llegar a ser realmente rico lo dejaba del todo indiferente. Era, por otra parte, uno de esos hombres a los que les gusta *asistir* su propia vida, considerando impropia cualquier ambición de *vivirla*.

Se habrá notado que ellos observan su propio destino del modo en que la mayoría suele observar un día de lluvia.

5.

SI SÉ L0 HUBIERAN preguntado, Hervé Joncour habría respondido que su vida continuaría así para siempre. Al inicio de los años sesenta. sin embargo, la epidemia de pebrina que había destruido los huevos de los cultivos europeos se difundió al otro lado del mar, alcanzando África y, según algunos, incluso la India. Hervé Joncour volvió de su habitual viaje, en 1861, con una carga de huevos que se reveló, dos meses después, casi totalmente infectada. Para Lavilledieu, como para tantas otras ciudades que fundaban su riqueza en la producción de seda, aquel año pareció representar el comienzo del fin. La ciencia se mostraba incapaz de comprender las causas de las epidemias. y todo el mundo, hasta en las regiones más lejanas, parecía prisionero del aquel sortilegio sin explicación.

-*Casi* todo el mundo -dijo despacio Baldabiou-. Casi -agregando dos dedos de agua a su Pernod.

6.

BAIDABIOU ERA el hombre que veinte años antes había llegado al pueblo, había enfilado directo a la oficina del alcalde, había entrado sin hacerse anunciar, le había puesto encima del escritorio una bufanda de seda color ocaso y le había preguntado

-¿Sabe qué es esto?

-Cosas de mujer.

-Se equivoca. Cosas de hombre: dinero.

El alcalde lo echó. Él construyó una hilandería abajo del río, un cobertizo para el cultivo de gusanos a espaldas del bosque y una capilla dedicada a santa Inés en el cruce de caminos de Vivier. Contrató una treintena de trabajadores, hizo traer de Italia una misteriosa máquina de madera, todas ruedas y engranajes, y no dijo nada más por siete meses. Después volvió a donde el alcalde, poniéndole sobre el escritorio, bien ordenados, treinta mil francos en billetes de alta denominación.

-¿Sabe qué es esto?

-Plata.

-Se equivoca. Es la prueba de que usted es un pendejo.

Volvió acoger los billetes; los metió en la cartera e hizo el ademán de irse. El alcalde lo detuvo.

-¿Qué diablos debería hacer?

-Nada: y será el alcalde de un pueblo rico.

Cinco años después Lavilledieu tenía siete hilanderías y se había convertido en uno de los principales centros europeos de sericicultura y filatura de la seda. No todo era propiedad de Baldabiou. Otros notables y terratenientes de la zona lo habían seguido en aquella curiosa aventura empresarial. A cada uno Baldabiou le había revelado, sin problemas, los secretos del oficio. Eso lo divertía mucho más que hacer dinero a montones. Enseñar. Y tener secretos que contar. Era un hombre así.

7.

BAIDABIOU ERA, también, el hombre que ocho años antes había cambiado la vida de Hervé Joncour. Eran los tiempos en que las primeras epidemias habían comenzado a mellar la producción europea de huevos de gusano. Sin descomponerse, Baldabiou había estudiado la situación y había llegado a la conclusión de que el problema no había que resolverlo; había que evitarlo. Tenía una idea, le faltaba la persona apropiada. Se dio cuenta de haberla encontrado cuando vio a Hervé Joncour pasar delante del café de Verdun, elegante en su uniforme de subteniente de infantería y orgulloso en su paso de militar en licencia. Tenía 24 años, entonces. Baldabiou lo invitó a su casa, le desplegó delante un atlas lleno de nombres exóticos y le dijo

-Felicitaciones. Finalmente has encontrado un trabajo serio, muchacho.

Hervé Joncour oyó toda una historia que hablaba de gusanos, de huevos, de pirámides y de viajes en barco. Luego dijo

-No puedo.

-¿Por qué?

-En dos días termina mi licencia. Debo regresar a París.

-¿Carrera militar?

-Sí. Así lo ha querido mi padre.

-No es un problema.

Tomó a Hervé Joncour y lo llevó a donde el padre.

-¿Sabe quién es éste? -le preguntó después de haber entrado en su estudio sin hacerse anunciar.

-Mi hijo.

-Mire mejor.

El alcalde se recostó contra el espaldar de su poltrona de cuero y comenzó a sudar.

-Mi hijo Hervé, que en dos días volverá a París,

donde lo espera una brillante carrera en nuestro ejército, si Dios y santa Inés lo quieren.

-Exacto. Sólo que Dios está ocupado en otras cosas y santa Inés detesta a los militares.

Un mes más tarde Hervé Joncour partió para Egipto.Viajó en un barco llamado *Adel.* A los camarotes llegaba el olor de la cocina, había un inglés que decía haber combatido en Waterloo, la tarde del tercer día vieron delfines brillar en el horizonte como olas borrachas, en la ruleta caía siempre el dieciséis.

Volvió dos meses después -el primer domingo de abril, a tiempo para la Misa Mayor con millares de huevos envueltos en algodón en dos grandes cajas de madera. Tenía un montón de cosas que contar. Pero lo que le dijo Baldabiou, cuando se quedaron solos, fue

-Háblame de los delfines.

-¿De los delfines?

-De la vez que los viste.

Ése era Baldabiou.

Nadie sabía cuántos años tenía.

8.

-*CASI* TODO el mundo -dijo despacio Baldabiou.

Casi -agregando dos dedos de agua a su Pernod,

Noche de agosto, después de medianoche, A esa hora, de ordinario, Verdun había cerrado hacía rato, Las sillas estaban vueltas, en orden, sobre las mesas. Había limpiado la barra y todo lo demás. No quedaba sino apagar las luces y cerrar. Pero Verdun, esperaba: Baldabiou hablaba.

Sentado frente a él, Hervé Joncour, con un cigarrillo apagado entre los labios, escuchaba, inmóvil.

Como ocho años antes, dejaba que ese hombre volviera a escribirle ordenadamente su destino. Su voz le llegaba débil y nítida, sincopada por los periódicos sorbos de Pernod. Estuvo hablando minutos y minutos sin parar. La última cosa que dijo fue

-No tenemos opción. Si queremos sobrevivir, debemos llegar hasta allá.

Silencio.

Verdun, apoyado en la barra, levantó la mirada hacia los dos.

Baldabiou se empeñó en encontrar todavía un sorbo de Pernod en el fondo del vaso.

Hervé Joncour puso el cigarrillo en el borde de la mesa antes de decir

-¿ Y en dónde queda, exactamente, el tal Japón?

Baldabiou alzó la punta de su bastón y la apuntó hacia el otro lado de los techos de Saint-August.

-Siempre derecho hacia allá.

Dijo.

-Hasta el fin del mundo.

9.

EN ESOS tiempos el Japón estaba, en efecto, al otro lado del mundo. Era una isla hecha de islas y por doscientos años había vivido completamente separada del resto de la humanidad, rechazando cualquier contacto con el continente y prohibiendo el acceso de cualquier extranjero. la costa china distaba casi doscientas millas, pero un decreto imperial había conseguido volverla aún más lejana, prohibiendo en toda la isla la construcción de barcos con más de un mástil. Según una lógica a su modo iluminada, la ley no prohibía salir del país: pero condenaba a muerte a los que intentaban volver. Los mercaderes chinos, holandeses e ingleses habían tratado repetidamente de romper aquel absurdo aislamiento, pero sólo habían conseguido establecer una frágil y peligrosa red de contrabando. Habían ganado poco dinero, muchos problemas y algunas leyendas, fáciles de vender en el puerto por la tarde. Donde ellos habían fallado, encontraron éxito, gracias a la fuerza de las armas, los norteamericanos. En julio de 1853 el comodoro Matthew C. Perry entró en la bahía de Yokohama con una moderna flota de naves a vapor, y les dio un ultimátum a los japoneses en el cual se "auguraba" la apertura de la isla a los extranjeros.

Los japoneses nunca habían visto un barco capaz de afrontar el mar a contraviento.

Cuando, siete meses después, Perry volvió para recibir la respuesta a su ultimátum, el gobierno militar de la isla se plegó a firmar un acuerdo en el cual se pactaba la apertura a los extranjeros de dos puertos en el norte del país, y el inicio de algunas primeras, mesuradas, relaciones comerciales. El mar en torno a esta isla -declaró el comodoro con cierta solemnidad- es desde hoy menos profundo.

lO.

BAIDABIOU conocía todas estas historias. Sobre todo conocía una leyenda que repetidamente afloraba en los relatos de quienes habían estado allí. Los relatos decían que en esa isla se producía la seda más bella del mundo. Llevaban más de mil años haciéndola, según ritos y secretos que habían alcanzado una exactitud mística. Lo que Baldabiou pensaba era que no se trataba de una leyenda, sino de la pura y simple verdad. Una vez había tenido entre los dedos un velo tejido con hilo de seda japonés. Era como tener entre los dedos la nada. Así, cuando todo pareció irse al diablo por aquella historia de la pebrina y de los huevos enfermos, lo que pensó fue

-Esa isla está llena de gusanos. Y una isla a la que por doscientos años no ha conseguido llegar un mercader chino o un asegurador inglés es una isla a la cual ninguna enfermedad llegará jamás.

No se limitó a pensarlo: se lo dijo a todos los productores de seda de Lavilledieu, después de haberlos convocado en el café de Verdun. Ninguno de ellos había oído hablar del Japón.

-¿Tendremos que atravesar el mundo para ir a comprar los huevos como Dios manda en él cual si ven a un extranjero lo ahorcan

-Lo ahorcaban- aclaró Baldabiou.

No sabían que pensar. A uno de ellos se le ocurrió una objeción.

-Por algo será que nadie en el mundo ha pensado en ir a comprar los huevos allá.

Baldabiou podía fanfarronear recordando que en el resto del mundo no había ningún otro Baldabiou. Pero prefirió decir cómo estaban las cosas.

-Los japoneses se han resignado a vender su seda. Pero los huevos no. Los guardan para ellos. Y si tratas de sacarlos de la isla, lo que haces constituye un crimen.

Los productores se seda de Lavilledieu eran quien más quien menos, gentiles hombres de las leyes de su país. La hipótesis de hacerlo en otra parte del mundo, sin embargo, les pareció razonablemente sensata.

11.

CORRÍA El AÑO de 1861. Flaubert estaba terminando *Salambó* la iluminación eléctrica era todavía una hipótesis y Abraham Lincoln, al otro lado del océano, estaba combatiendo en una guerra de la cual no vería el fin. Los sericicultores de Lavilledieu se unieron en consorcio y recogieron la cifra, considerable, que se necesitaba para la expedición. A todos les pareció lógico encargarla a Hervé Joncour. Cuando Baldabiou le pidió que aceptara, él respondió con una pregunta.

-¿ Y en dónde queda, exactamente, ese tal Japón?

-Siempre derecho hacia allá. Hasta el fin del mundo.

Partió el 6 de octubre. Él solo.

En las puertas de Lavilledieu estrechó contra sí a su mujer Hélene y le dijo simplemente

-No debes temer nada.

Era una mujer alta, se movía con lentitud, tenía largos cabellos negros que no se recogía nunca.

Tenía una voz bellísima.

12.

HERVÉ JONCOUR partió con ochenta mil francos en oro y los nombres de tres hombres, procurados por Baldabiou: un chino, un holandés y un japonés. Cruzó la frontera francesa cerca de Metz, atravesó Württemberg y Baviera, entró en Austria, alcanzó en tren Viena y Budapest para luego proseguir hasta Kiev. Recorrió a caballo dos mil kilómetros de estepa rusa, superó los Urales, entró en Siberia, viajó por cuarenta días hasta encontrar el lago Bajkal, que la gente del lugar llamaba: el mar. Remontó el curso del río Amur, caboteando la frontera china hasta el océano, y cuando llegó al océano se detuvo en el puerto de Sabirk por once días, hasta que un barco de contrabandistas holandeses lo llevó a Cabo Teraya, sobre la costa oeste del Japón. A pie, recorriendo caminos secundarios, atravesó las provincias de Ishikawa, Toyama, Niigata, entró en la de Fukushima y alcanzó la ciudad de Shirakawa, la rodeo por el lado este, esperó dos días a un hombre vestido de negro que lo vendó y lo llevó a un poblado en las colinas, donde pasó una noche, y a la mañana siguiente hizo el negocio de los huevos con un hombre que no hablaba y tenía el rostro cubierto con un velo de seda. Negra. Al atardecer escondió los huevos entre las maletas, le dio la espalda al Japón y se dispuso a tomar el camino de regreso.

Apenas había dejado las últimas casas del lugar cuando un hombre lo alcanzó, corriendo, y lo detuvo. Le dijo cualquier cosa en un tono conciso y perentorio; luego lo acompañó de vuelta, con firme cortesía.

Hervé Joncour no hablaba japonés, ni era capaz de comprenderlo. Pero entendió que Hara Kei quería verlo.

13.

HICIERON descorrer un panel de papel de arroz, y Hervé Joncour entró. Hara Kei estaba sentado con las piernas cruzadas, en el piso, en la esquina más lejana de la habitación. Llevaba una túnica oscura; no tenía joyas. Único signo visible de su poder, una mujer extendida a su lado, la cabeza apoyada en su regazo, los ojos cerrados, los brazos escondidos en el amplio vestido rojo que se extendía alrededor, como una llama, sobre la estera color ceniza. Él le pasaba lentamente una mano por el cabello: parecía acariciar la piel de un animal precioso y aletargado.

Hervé Joncour atravesó el cuarto, esperó una señal del anfitrión v se sentó frente a él. Permanecieron en silencio, mirándose a los ojos. Llegó un siervo, imperceptible, y puso delante de ellos dos tazas de té. Luego desapareció en la nada. Entonces Hara Kei comenzó a hablar, en su lengua, con una voz cantilenante, disuelta en una especie de falsete fastidiosamente artificial. Hervé Joncour escuchaba.

Tenía los ojos fijos en los de Hara Kei y sólo por un instante, sin advertirlo casi, los bajó hacia el rostro de la mujer.

Era el rostro de una chiquilla.

Los alzó de nuevo.

Hara Kei se detuvo, levantó una de las tazas de té, se la llevó a los labios, dejó pasar un instante y dijo

-Intentad decirme quién sois.

Lo dijo en francés, arrastrando un poco las vocales, con una voz ronca, verdadera.

14.

EL HOMBRE más buscado del Japón, al dueño de todo lo que el mundo intentaba llevar fuera de aquella isla, Hervé Joncour intentó contarle quién era. Lo hizo en su propia lengua, hablando lentamente, sin saber con precisión si Hara Kei era capaz de comprender. Instintivamente renunció a cualquier prudencia, refiriendo sin invenciones y sin omisiones todo lo que era verdad, simplemente. Mezclaba pequeñas minucias y eventos cruciales con la misma voz y los gestos apenas acentuados, imitando la hipnótica andadura, melancólica y neutral, de un catálogo de objetos salvados de un incendio. Hara Kei escuchaba, sin que la sombra de una expresión descompusiera los rasgos de su rostro. Tenía los ojos fijos en los labios de Hervé Joncour, como si fueran las últimas líneas de una carta de adiós. En la habitación todo estaba tan silencioso e inmóvil que lo que sucedió de repente pareció un acontecimiento enorme y, sin embargo, fue una pequeñez.

De pronto,
sin moverse en lo más mínimo, esa chiquilla
abrió los ojos.

Hervé Joncour no dejó de hablar, pero bajo instintivamente la mirada hacia ella y lo que vio, sin, dejar de hablar, fue que esos ojos *no tenían un aspecto oriental* y estaban clavados, *con una intensidad desconcertante*, en él, como si desde el comienzo no hubiera hecho otra cosa debajo de los párpados. Hervé Joncour desvió la mirada hacia otro lado, con toda la naturalidad de que fue capaz, tratando de continuar su relato Sin que nada, en su voz, pareciera diferente. Sólo se interrumpió cuando su mirada cayó en la taza de té, delante de él. La tomó con una mano, se la llevó a los labios y bebió con lentitud. Volvió a hablar, mientras la posaba de nuevo delante de sí.

15.

FRANCIA, los viajes por mar, el perfume de las moreras en Lavilledieu, los trenes de vapor, la voz de Hélene, Hervé Joncour continúo relatando su vida como nunca, en su vida, lo había hecho. Esa muchachita seguía mirándolo, con una violencia que arrancaba a cada una de sus palabras la obligación de sonar memorable. Ahora el cuarto parecía caer en una inmovilidad sin retorno cuando de improvisto, y de un modo absolutamente silencioso, ella sacó una mano del vestido, haciéndola deslizar sobre la estera delante de sí. Hervé Joncour vio llegar esa mancha pálida al margen de su campo visual, la vio rozar la taza de té de Hara Kei y después, absurdamente, continuar deslizándose hasta apretar sin siquiera dudarlo la otra taza, que era inexorablemente la taza en que *él* había bebido, levantarla ligeramente y llevársela. Hara Kei no había dejado de mirar por un instante, sin expresión, los labios de Hervé Joncour.

La chiquilla alzó ligeramente la cabeza.

Por primera vez desvió los ojos de Hervé Joncour y los posó en la taza.

Lentamente la hizo girar hasta tener en sus labios el punto preciso en que él había bebido.

Entrecerrando los ojos, bebió un sorbo de té.

Alejó la taza de sus labios.

La hizo deslizar hasta donde la había encontrado.

Hizo desaparecer la mano en el vestido.

Volvió a apoyar la cabeza sobre el regazo de Hara Kei.

Los ojos abiertos, fijos en los de Hervé Joncour.

16.

HERVÉ JONCOUR habló todavía un rato largo. Sólo se interrumpió cuando Hara Kei desvió los ojos de él e insinuó una reverencia con la cabeza.

Silencio.

En francés, arrastrando un poco las vocales, con voz ronca, verdadera, Hara Kei dijo

-Si quisieras, me gustaría verte volver.

Por primera vez sonrió.

-Los huevos que tienes contigo son huevos de pez, valen poco más que nada.

Hervé Joncour bajó la mirada. Ahí estaba la taza de té, frente a él. La tomó y comenzó a voltearla, y a mirarla, como si estuviera buscando alguna cosa en el filo colorado de su borde. Cuando encontró lo que buscaba, apoyó allí los labios y bebió hasta el fondo. Luego puso la taza de té delante suyo y dijo

-Lo sé.

Hara Kei rió divertido.

-¿ Y es por eso que has pagado con oro falso?

-He pagado lo que he comprado.

Hara Kei volvió a ponerse adusto

-Cuando te vayas de aquí, tendrás lo que deseas.

-Cuando me vaya de esta isla, vivo, recibirás el, oro que te corresponde. Tienes mi palabra.

Hervé Joncour ni siquiera esperó la respuesta. Se levantó, dio un par de pasos atrás, luego se inclinó.

La última cosa que vio, antes de salir, fueron los ojos de ella fijos en los suyos, perfectamente mudos.

17.

SEIS DÍAS después Hervé Joncour se embarcó en Takaoka en un barco de contrabandistas holandeses que lo llevó a Sabirk. De allí remontó de nuevo la frontera china hasta el lago Bajkal, atravesó cuatro mil kilómetros de tierra siberiana, superó los Urales, alcanzó Kiev y en tren recorrió toda Europa, de este a oeste, hasta llegar, después de tres meses de viaje, a Francia. El primer domingo de abril –a tiempo para la Misa Mayor- llegó a las puertas de Lavilledieu. Se detuvo, le dio gracias a Dios y entró en el pueblo a pie, contando sus pasos, para que cada uno tuviera un nombre, y para no olvidarlos nunca más.

-¿Cómo es el fin del mundo? -le preguntó Baldabiou.

-Invisible.

A su mujer Hélene le llevó de regalo una túnica de seda que ella, por pudor, no se puso jamás. Sí la sostenías entre los dedos, era tomo apretar la nada.

18.

LOS HUEVOS que Hervé Joncour había traído del Japón -pegados por centenares encima de pequeñas hojas de corteza de morera- resultaron perfectamente sanos. La producción de seda, en la zona de Lavilledieu, fue aquel año extraordinaria, en cantidad y calidad. Se decidió la apertura de otras dos hilanderías, y Baldabiou hizo erigir un convento al lado de la capilla de santa Inés. No está claro por qué, pero se lo había imaginado redondo; por eso le encargó el proyecto a un arquitecto español que se llamaba Juan Benítez, y que gozaba de cierta notoriedad en el ramo de plazas de toros.

-Naturalmente, nada de arena en el medio, sino un jardín. Y, si fuera posible, cabezas de delfín en lugar de las de toro, a la entrada.

-¿Delfines, señor?

-¿Tienes presente el pez, Benítez?

Hervé Joncour hizo un par de sumas y se descubrió rico. Adquirió treinta acres de tierra al sur de su propiedad, y ocupó los meses del verano en diseñar un parque donde sería fácil, y silencioso, pasear. Lo imaginaba invisible como el fin del mundo. Cada mañana iba hasta el café de Verdun, donde escuchaba las historias del pueblo y hojeaba las gacetas de París. En la tarde permanecía sentado largo rato en el pórtico de su casa, junto a su mujer Hélene. Ella leía un libro, en voz alta, y esto lo hacía feliz porque pensaba que no había una voz más bella que ésa en el mundo.

Cumplió 33 años el 4 de septiembre de 1862. Iba lloviendo su vida frente a sus ojos, sereno espectáculo.

19.

-NO DEBES temer nada.

Puesto que Baldabiou lo había decidido, Hervé Joncour partió de nuevo para Japón el primer día de octubre. Cruzó la frontera francesa cerca de Metz, atravesó Württemberg y Baviera, entró en Austria, alcanzó en tren Viena y Budapest para luego proseguir hasta Kiev. Recorrió a caballo dos mil kilómetros de estepa rusa, superó los Urales, entró en Siberia, viajó por cuarenta días hasta encontrar el lago Bajkal, que la gente del lugar llamaba: el demonio. Remontó el curso del río Amur, caboteando la frontera china hasta el océano, y cuando llegó al océano se detuvo en el puerto de Sabirk por once días, hasta que un barco de contrabandistas holandeses lo llevó a Cabo Teraya, sobre la costa oeste del Japón. A pie, recorriendo caminos secundarios, atravesó las provincias de Ishikawa, Toyama y Niigata, entró en la de Fukushima y alcanzó la ciudad de Shirakawa, la rodeó por el lado este y esperó dos días a un hombre vestido de negro que lo vendó y lo llevó al villorrio de Hara Kei. Cuando pudo reabrir los ojos se encontró delante de dos siervos que tomaron su equipaje y lo condujeron hasta el final de un bosque, donde le indicaron un sendero y lo dejaron solo. Hervé Joncour empezó a caminar en la sombra que los árboles, encima y alrededor de él, le recortaban a la luz del día. Sólo se detuvo cuando de repente la vegetación se abrió, por un instante, como una ventana, al borde del sendero. Unos treinta metros más abajo se veía un lago y sobre la orilla del lago, sentados en el suelo, de espaldas, Hara Kei y una mujer en un vestido color naranja, los cabellos sueltos sobre la espalda. En el instante en que Hervé Joncour la vio, ella se volvió, lentamente y por un segundo, el tiempo justo para cruzarse con su mirada.

Sus ojos no tenían aspecto oriental, y su rostro era el rostro de una chiquilla.

Hervé Joncour echó a andar de nuevo por la parte intrincada del bosque y cuando salió se encontró al borde del lago. Pocos pasos delante de él, Hara Kei, solo, de espaldas, estaba sentado inmóvil, vestido de negro. Cerca de él había un vestido color naranja, abandonado en el suelo, y un par de sandalias de paja. Hervé Joncour se acercó. Minúsculas olas circulares posan el agua del lago en la orilla, como enviadas allí desde lejos.

-Mi amigo francés -murmuró Hara Kei sin volverse.

Pasaron horas, sentados el uno al lado del otro, hablando y callando. Luego Hara Kei se levantó y Hervé Joncour lo siguió. Con un gesto imperceptible, antes de retomar el sendero dejó caer uno de sus guantes cerca del vestido color naranja abandonado en la ribera. Llegaron al pueblo cuando ya atardecía.

20.

HERVÉ JONCOUR permaneció como huésped de Hara Kei por cuatro días. Era como vivir en la corte de un rey. Todo el lugar existía para ese hombre, y casi no había gesto en esas colinas que no fuera cumplido en su defensa y para su placer. La vida bullía en voz baja, se movía con una lentitud astuta, como un animal perseguido en su cueva. El mundo parecía estar a siglos de distancia.

Hervé Joncour tenía una casa para él y cinco siervos que lo seguían a todas partes. Comía solo, a la sombra de un árbol coloreado de flores que no había visto nunca. Dos veces al día, le servían con cierta solemnidad el té. Por la noche, lo acompañaban a la sala más grande de la casa, donde el piso era de piedra y donde consumaba el rito del baño. Tres mujeres, ancianas, el rostro cubierto por una especie de mascarilla blanca, hacían escurrir el agua por su cuerpo y lo secaban con paños de seda, tibios. Tenían manos leñosas, pero ligerísimas.

En la mañana del segundo día, Hervé Joncour vio llegar al pueblo un blanco: lo acompañaban dos carros llenos de grandes cajas de madera. Era un inglés. No había ido a comprar. Había ido a vender.

-Armas, *monsieur*. ¿ y usted ?

-Yo compro. Gusanos de seda.

Cenaron juntos. El inglés tenía muchas historias que contar: hacía ocho años que iba y venía de Europa al Japón y viceversa. Hervé Joncour estuvo oyéndolo y sólo al final le preguntó

-¿Usted conoce a una mujer, joven, europea, creo, blanca, que vive aquí?

El inglés continuó comiendo, impasible

-No existen mujeres blancas en el Japón. No hay una sola mujer blanca en el Japón.

Partió al día siguiente, cargado de oro.

21.

HERVÉ JONCOUR sólo volvió a ver a Hara Kei en la mañana del tercer día. Se percató de que sus cinco servidores habían desaparecido de improviso, como por encanto, y después de unos segundos lo vio llegar. Aquel hombre por el que todos en ese lugar existían, se movía siempre en una burbuja de vacío. Como si un precepto tácito le ordenara al mundo dejarlo vivir solo.

Subieron juntos por el flanco de la colina hasta llegar a un claro donde el cielo era rayado por el vuelo de docenas de pájaros con grandes alas azules. La gente de aquí los mira volar, y en su vuelo leen el futuro.

Dijo Hara Kei.

-Cuando era un muchacho mi padre me llevó a un lugar como éste, puso en mi mano su arco y me ordenó dispararles. Yo lo hice, y un gran pájaro, con alas azules, cayó en tierra como una piedra muerta. Lee el vuelo de tu flecha si quieres saber tu futuro, me dijo mi padre.

Volaban lentos, bajando y subiendo en el cielo, como si quisieran borrarlo, meticulosamente, con sus alas.

Volvieron al pueblo caminando en la extraña luz de una tarde que parecía noche. Al llegar a la casa de Hervé Joncour, se despidieron. Hara Kei se volvió y empezó a caminar con lentitud, bajando por el camino que bordeaba el río. Hervé Joncour permaneció de pie, en el umbral, mirándolo: esperó que se hubiera alejado unos veinte pasos, luego dijo

-¿Cuándo me dirás quién es esa chiquilla?

Hara Kei continuó caminando, con un paso lento en el cual no se advertía ningún cansancio. En torno había el silencio más absoluto, y el vacío. Como por un singular precepto, dondequiera que fuese, aquel hombre andaba en una soledad incondicional y perfecta.

22.

EN LA MAÑANA del último día, Hervé Joncour salió de su casa y se puso a vagabundear por el pueblo. Encontraba hombres que se inclinaban a su paso y mujeres que, bajando la mirada, le sonreían. Entendió que había llegado a la morada de Hara Kei cuando vio una enorme jaula que custodiaba un número increíble de pájaros de todo tipo: un espectáculo. Hara Kei le había contado que los había hecho traer de todas partes del mundo. Había algunos más costosos que toda la seda que Lavilledieu podía producir en un año. Hervé Joncour se detuvo a mirar aquella magnifica locura. Recordó haber leído en un libro que los hombres orientales, para honrar la fidelidad de sus amantes, no acostumbraban regalarles joyas: sino pájaros refinados y bellísimos.

La morada de Hara Kei parecía anegada en un lado de silencio. Hervé Joncour se acerco y se detuvo a pocos metros de la entrada. Allí no había puertas, y sobre las paredes de papel aparecían y desaparecían sombras que no difundían ningún rumor. No parecía vida: si había un nombre para todo eso era: teatro. Sin saber nada, Hervé Joncour se detuvo a esperar: inmóvil, de pie, a pocos metros de la casa. Por todo el tiempo que concedió al destino, sólo sombras y silencios fueron lo que aquel; singular escenario dejó filtrar. Así, al final, Hervé Joncour se dio media vuelta y volvió a caminar, veloz, hacia su casa. Con la cabeza inclinada, miraba sus pasos, ya que eso le ayudaba a no pensar.

23.

POR LA TARDE Hervé Joncour preparó el equipaje. Después se dejó conducir a la gran habitación enchapada en piedra para el rito del baño. Se extendió, cerró los ojos y pensó en la gran jaula, loca prenda de amor. Le pusieron sobre los ojos un paño húmedo. Nunca lo habían hecho. Instintivamente trató de quitárselo pero una mano tomó la suya y la detuvo. No era la mano vieja de una vieja.

Hervé Joncour sintió el agua regarse encima de su cuerpo, sobre las piernas primero, y después a lo largo de los brazos y encima del pecho. Agua como aceite. Y un silencio extraño, alrededor. Sintió la levedad de un velo de seda que bajaba sobre él. Y las manos de una mujer –de una mujer- que lo secaban, acariciando su piel por todas partes: aquellas manos y aquel tejido urdido de nada. Él no se movió nunca, ni siquiera cuando sintió las manos subir de la espalda al cuello y los dedos –la seda y los dedos- subir hasta sus labios y rozarlos, lentamente, una vez, y desaparecer.

Hervé Joncour sintió todavía el velo de seda levantarse y alejarse de él. Lo último fue una mano que abría la suya y le depositaba algo en la palma.

Esperó largo rato, en el silencio, sin moverse. Luego se quitó con lentitud el paño húmedo de los ojos. Casi no había luz en la habitación. No había nadie en torno. Se levantó, tomó la túnica que yacía doblada en el suelo, se la puso sobre los hombros, salió de la habitación, atravesó la casa, llegó delante de su estera y se acostó. Se puso a mirar la llama que temblaba, diminuta, en el farol. Y, con cuidado, detuvo el Tiempo, por todo el tiempo que quiso.

Fue poca cosa, luego, abrir la mano y ver aquel folio. Pequeño. Pocos ideogramas diseñados uno debajo del otro. Tinta negra.

24.

AL DIA SIGUIENTE, temprano en la mañana, Hervé Joncour partió. Escondidos entre el equipaje, llevaba consigo millares de huevos de gusano, es decir, el futuro de Lavilledieu y el trabajo para centenares de personas y la riqueza para una docena de ellas. Donde el camino volteaba a la izquierda, escondiendo para siempre detrás del perfil de la colina la vista del pueblo, se detuvo, sin preocuparse por los dos hombres que lo acompañaban. Bajo del caballo y permaneció un rato al borde del camino, con la mirada fija en aquellas casas colgadas en el flanco de la colina.

Seis días después Hervé Joncour se embarcó, en Takaoka, en un barco de contrabandistas holandeses que lo llevo a Sabirk. Desde allí remontó la frontera china hasta el lago Bajkal, atravesó cuatro mil kilómetros de tierra siberiana, superó los Urales, alcanzó Kiev y en un tren recorrió toda Europa, de este a oeste, hasta llegar, después de tres meses de viaje, a Francia. El primer domingo de abril –a tiempo para la Misa Mayor- apareció en las puertas de Lavilledieu. Vio a su mujer Hélene correr a su encuentro y sintió el perfume de su piel cuando la estrechó contra sí y el terciopelo de su voz cuando le dijo

-Has vuelto.

Dulcemente.

-Has vuelto.

25.

EN LAVILLEDIEU la vida transcurría simple, ordenada por una metódica normalidad. Hervé Joncour la dejó resbalar encima de él por cuarenta y un días. El cuadragésimo segundo se levantó, abrió un cajón de su baúl de viaje, sacó un mapa del Japón, lo abrió y tomó la hojita que había escondido adentro unos meses atrás. Pocos ideogramas dibujados uno debajo del otro. Tinta negra. Se sentó en el escritorio y permaneció un largo rato observándola.

Encontró a Baldabiou en Verdun, en el billar. Siempre jugaba solo, contra él mismo. Partidas extrañas. El sano contra el manco, las llamaba. Daba un golpe normal y luego otro con una sola mano. El día que venza el manco -decía- me iré de esta ciudad. Hacía años el manco perdía.

-Baldabiou, tengo que encontrar a alguien, aquí, que sepa leer japonés.

El manco tacó a dos bandas con efecto contrario.

-Pregúntale a Hervé Joncour, él lo sabe todo.

-Yo no entiendo nada.

-Aquí el japonés eres tú.

-Pero igual no entiendo nada.

El sano se inclinó sobre el taco e hizo un tiro de seis puntos.

-Entonces no queda sino Madame Blanche. Tiene un almacén de telas en Nimes. Encima del almacén hay un burdel. También es suyo. Es rica. Y es japonesa.

-¿Japonesa? ¿Y como llegó hasta aquí?

-No se lo preguntes si quieres obtener algo de ella. Mierda.

El manco acababa de fallar un tiro a tres bandas de catorce puntos.

26.

A SU MUJER, Hélene, Hervé Joncour le dijo que tenía que ir a Nimes por negocios. y que regresaría el mismo día.

Subió al primer piso, sobre el negocio de telas, en el 12 de la calle Moscat y preguntó por Madame Blanche. Lo hicieron esperar largo rato. El salón estaba amueblado como para una fiesta iniciada años antes y no terminada nunca. Todas las muchachas eran jóvenes y francesas. Había un pianista que tocaba, con sordina, motivos que sabían a Rusia. Al final de cada pieza se pasaba la mano derecha por el pelo y murmuraba

-*Vóilà.*

27.

HERVÉ JONCOUR esperó un par de horas, Luego lo acompañaron a lo largo de un corredor hasta la última puerta. La abrió y entró.

Madame Blanche estaba sentada en una gran poltrona al lado de la ventana. Llevaba un gran kimono de estofa ligera: completamente blanco. En los dedos, como si fueran anillos, llevaba pequeñas flores de un azul intenso. Los cabellos negros. brillantes; el rostro oriental, perfecto.

-Que le hace pensar que es tan rico que puede acostarse conmigo?

Hervé Joncour permaneció de pie, delante de ella, con el sombrero en la mano.

Necesito que me haga un favor. No importa a que precio.

Después tomó del bolsillo interno de la chaqueta una hoja pequeña, doblada en cuatro, y se la entregó.

-Debo saber que dice.

Madame Blanche no se movió un milímetro. Tenía los labios entreabiertos; parecían la prehistoria de una sonrisa.

-Se lo ruego, *madame*

No tenía ninguna razón en el mundo para hacerlo. Sin embargo, tomó la hoja, la abrió, la miró. Alzó los ojos hacia Hervé Joncour, los volvió a bajar. Dobló la hoja de nuevo, con lentitud. Cuando se inclinó hacia adelante, para devolvérsela, el kimono se le abrió un poco sobre el pecho. Hervé Joncour vio que no tenía nada debajo y que su piel era joven y cándida.

-Vuelve, o moriré.

Lo dijo con voz fría, mirando a Hervé Joncour a los ojos y sin dejar escapar la menor expresión.

Vuelve, o moriré.

Hervé Joncour metió de nuevo la hojita en el bolsillo interno de la chaqueta.

-Gracias.

Hizo una reverencia, después se volvió, caminó hasta la puerta y se detuvo para dejar algunos billetes sobre la mesa.

-Déjelo así.

-Hervé Joncour dudó un segundo.

-No hablo del dinero. Hablo de esa mujer. Déjelo así. No morirá y usted lo sabe.

Sin volverse, Hervé Joncour apoyó los billetes en la mesa, abrió la puerta y se marchó.

28.

BAIDABIOU DECÍA que venían de París, de vez en cuando, para hacer el amor con Madame Blanche. De regreso a la capital, ostentaban en el ojal de la chaqueta pequeñas flores azules, las mismas que ella llevaba siempre entre los dedos, como si fueran anillos

29.

POR PRIMERA vez en su vida, Hervé Joncour llevó a su mujer aquel verano a la Riviera. Se hospedaron por dos semanas en un hotel de Niza, frecuentado en su mayor parte por ingleses y conocido por las veladas musicales que ofrecía a los clientes. Hélene se había convencido de que en un lugar tan bello serían capaces de concebir el hijo que, en vano, habían esperado por años. Juntos decidieron que sería un varón. y que se llamaría Philippe. Participaban con discreción, en la vida mundana del balneario, divirtiéndose después encerrados en su cuarto, y riéndose de los extraños tipos que habían conocido. En el concierto, una tarde, conocieron a un comerciante de pieles polaco: decía que había estado en Japón.

La noche antes de partir, Hervé Joncour se despertó, cuando todavía estaba oscuro, se levantó y se acercó al lecho de Hélene. Cuando ella abrió los ojos, él oyó a su propia voz decir muy quedo

-Siempre te amaré.

30.

A PRINCIPIOS de septiembre los sericicultores de Lavilledieu se reunieron para decidir qué harían. El gobierno había mandado a Nimes a un joven biólogo encargado de estudiar la enfermedad que inutilizaba los huevos producidos en Francia. Se llamaba Louis Pasteur: trabajaba con microscopios capaces de ver lo invisible: decían que ya había obtenido resultados extraordinarios. Del Japón llegaban noticias de una inminente guerra civil, fomentada por las fuerzas que se oponían a la entrada de los extranjeros en el país. El consulado francés, instalado hacía poco en Yokohama, mandaba despachos que desaconsejaban por el momento emprender relaciones comerciales con la isla, invitando a esperar mejores tiempos. Inclinados a la prudencia y sensibles al enorme costo que cada expedición clandestina al Japón comportaba, muchos de los notables de Lavilledieu avanzaron la hipótesis de suspender los viajes de Hervé Joncour y fiarse por ese año de las remesas de huevos, medianamente fiables, que llegaban de los grandes importadores del Medio Oriente. Baldabiou se limitó a escucharlos a todos, sin decir una palabra. Cuando al fin le toco hablar, lo que hizo fue poner su bastón de caña sobre la mesa y alzar la mirada hacia el hombre sentado frente a él. Y esperar .

Hervé Joncour sabía de las investigaciones de Pasteur y había leído las noticias que llegaban del Japón: pero siempre se abstuvo de comentarlas. Prefería gastar su tiempo en retocar el proyecto del parque que deseaba construir en torno a su casa. Escondido en un rincón del estudio conservaba una hoja doblada en cuatro, con pocos ideogramas dibujados uno debajo del otro, tinta negra. Tenía una considerable cuenta en el banco, llevaba una vida tranquila y abrigaba la razonable ilusión de convertirse pronto en padre. Cuando Baldabiou levantó, la mirada hacia él, lo que dijo fue:

-Decide tú, Baldabiou.

31.

HERVË JONCOUR partió hacia el Japón a principios de octubre. Cruzó la frontera francesa cerca de Metz, atravesó Württemberg y Baviera, entró en Austria, alcanzó en tren Viena y Budapest para después proseguir hasta Kiev. Recorrió a caballo dos mil kilómetros de estepa rusa, superó los Urales, entró en Siberia, viajó por cuarenta días hasta alcanzar el lago Bajkal, que la gente del lugar llamaba: el último. Remontó el curso del río Amur, caboteando la frontera china hasta el océano, y cuando llegó al océano se detuvo en el puerto de Sabirk por diez días, hasta que un barco de contrabandistas holandeses lo llevó a Cabo Teraya, sobre la costa oeste del Japón. Lo que encontró fue un país en desordenada espera de una guerra que no conseguía estallar. Viajó días enteros sin tener que recurrir a la consabida prudencia, ya que en tormo a él los mapas del poder y las redes de los controles parecían haberse disuelto en la inminencia de una explosión que los rediseñaría totalmente. En Shirakawa encontró al hombre que debía llevarlo donde Hara Kei. En dos días a caballo avistaron el pueblo. Hervé Joncour entró a pie para que la noticia de su llegada pudiera llegar antes que él.

32.

LO LLEVARON a una de las últimas casas del pueblo, a espaldas del bosque. Cinco servidores lo esperaban. Les entregó el equipaje y salió a la terraza. En el extremo opuesto del pueblo se vislumbraba el palacio de Hara Kei, apenas un poco más grande que las otras casas, pero circundado por enormes cedros que defendían su soledad. Hervé Joncour se quedó observándolo, como si no hubiera nada más de allí hasta el horizonte. Así vio,

por último,

de improviso,

el cielo sobre el palacio mancharse con el vuelo de cientos de pájaros, como expulsados fuera de la tierra, pájaros de todo tipo, estupefactos, huir por todas partes, enloquecidos, cantando y gritando, pirotécnica explosión de alas y nube de colores disparada en la luz, y de sonidos, asustados, música en fuga, volando en el cielo.

Hervé Joncour sonrió.

33.

EL PUEBLO comenzó a bullir como un hormiguero, enloquecido: todos corrían y gritaban, miraban hacia arriba y seguían aquellos pájaros fugados, por años orgullo de su Señor y ahora burla voladora en el cielo. Hervé Joncour salió de su casa bajó por él pueblo, caminando con lentitud y mirando frente a él con una calma infinita. Nadie parecía verlo, y él no parecía ver nada. Era un hilo de oro que corría derecho en la trama de un tapete tejido por un loco. Superó el puente sobre el río, descendió hasta los grandes cedros, entró en su sombra y salió. Frente a él vio la enorme jaula, con las puertas abiertas de par en par, completamente vacía. Y delante de ella, a una mujer. Hervé Joncour no miró en torno, simplemente volvió a caminar, lento, y sólo se detuvo cuando llegó frente a ella.

Sus ojos no tenían aspecto oriental, y su rostro era el rostro de una chiquilla.

Hervé Joncour dio un paso hacia ella, alargó una mano y la abrió. En la palma tenía una pequeña hoja, doblada en cuatro. Ella la vio y cada ángulo de su rostro sonrió. apoyó su mano sobre la de Hervé Joncour, la acarició con dulzura, se demoró en ella y luego la retiró arrugando entre los dedos aquella hoja que le había dado la vuelta al mundo. Apenas la había escondido en un pliegue del hábito, cuando se oyó la voz de Hara Kei.

-Sé bienvenido, mi amigo francés.

Estaba a pocos pasos de allí. El kimono oscuro, los cabellos, negros, perfectamente recogidos en la nuca. Se acercó. Se detuvo a observar la jaula, mirando una por una las puertas abiertas

-Volverán. Siempre es difícil resistir la tentación de volver, ¿no es verdad?

Hervé Joncour no respondió. Hara Kei lo miró a los ojos e inmediatamente le dijo

-Ven.

Hervé Joncour lo siguió. Dio unos cuantos pasos, después se volvió hacia la muchacha e insinuó una reverencia.

-Espero volver a verla pronto.

Hara Kei continuó caminando.

-No conoce tu lengua.

Dijo.

-Ven.

34.

ESA NOCHE Hara Kei invitó a Hervé Joncour a su casa. Había algunos hombres del lugar y mujeres vestidas con gran elegancia, el rostro pintado de blanco y de colores vistosos. Se bebía sake, se fumaba en una larga pipa de madera un tabaco de aroma amargo y embriagador. Llegaron unos saltimbanquis y un hombre que arrancaba carcajadas imitando hombres y animales. Tres mujeres viejas tocaban instrumentos de cuerda, sin dejar de sonreír. Hara Kei estaba sentado en el puesto de honor, vestido de oscuro, los pies descalzos. En un vestido de seda, espléndido, la mujer con el rostro de chiquilla se sentaba a su lado. Hervé Joncour estaba en el extremo opuesto del cuarto: era asediado por el perfume dulzón de las mujeres que estaban en torno a él y sonreía embarazado a los hombres que se divertían contándole historias que él no podía comprender. Mil veces buscó los ojos de ella, y mil veces ella encontró los suyos. Era una especie de danza triste, secreta e impotente. Hervé Joncour la bailó hasta muy tarde, después se levantó, dijo algo en francés para excusarse, se liberó de cualquier modo de una mujer que había decidido acompañarlo y, abriéndose campo entre nubes de humo y hombres que lo apostrofaban en aquella lengua incomprensible, se fue Antes de salir del cuarto, miró una última vez hacia ella. Lo estaba mirando, con ojos perfectamente mudos, a siglos de distancia.

Hervé Joncour vagabundeó por el pueblo respirando el aire fresco de la noche y perdiéndose entre las callejuelas que subían por el flanco de la colina. Cuando llegó a su casa vio un farol, encendido, oscilando detrás de las paredes de papel. Entró y halló a dos mujeres, de pie, frente a él. Una muchacha oriental, joven, vestida con un simple kimono blanco. Y ella. Tenía en los ojos una especie de febril alegría. No le dio tiempo de hacer nada. Se acercó, le tomó una mano, se la llevó al rostro, la rozó con los labios y, después, estrechándola fuerte, la puso entre las manos de la muchacha que estaba a su lado y la tuvo allí, por un instante, para que no pudiera escapar. Retiró su mano, finalmente, dio un par de pasos hacia atrás, tomó el farol, miró por un instante a los ojos de Hervé Joncour y escapó. Era un farol anaranjado. Desapareció en la noche, pequeña luz en fuga.

35.

HERVÉ JONCOUR no había visto nunca a esa muchacha, ni verdaderamente la vio nunca esa noche. En el cuarto sin luz sintió la belleza de su cuerpo y conoció sus manos y su boca. La amó durante horas, con gestos que no había hecho nunca, dejándose enseñar una lentitud que no conocía. En la oscuridad era fácil amarla sin amarla a ella. Poco antes del alba, la muchacha se levantó, se puso el kimono blanco y se marchó.

36.

FRENTE A SU casa, esperándolo, Hervé Joncour encontró en la mañana a un hombre de Hara Kei. Llevaba con él quince hojas de corteza de morera, completamente cubiertas de huevos: minúsculos, color marfil. Hervé Joncour examinó cada hoja con cuidado, después trató acerca del precio y pagó con pepitas de oro. Antes de que el hombre se fuera, le hizo entender que deseaba ver a Hara Kei. El hombre negó con la cabeza. Hervé Joncour comprendió, por sus gestos, que Hara Kei había partido esa mañana, temprano, con su séquito, y que nadie sabía cuándo regresaría.

Hervé Joncour atravesó el pueblo a la carrera hasta la morada de Hara Kei. Sólo encontró a unos siervos que a cada pregunta respondían moviendo la cabeza. La casa parecía desierta. y por más que buscara a su alrededor, y en las cosas más insignificantes, no encontró nada que se pareciera a un mensaje para él. Dejó la casa y, volviendo hacia el pueblo, pasó delante de la inmensa jaula. Las puertas de nuevo estaban cerradas. Adentro, centenares de pájaros volaban protegidos del cielo.

37.

HERVÉ JONCOUR esperó aún durante dos días un signo cualquiera. Después se marchó. Sucedió que, a no más de media hora del pueblo, pasó cerca de un bosque del cual llegaba un singular, argentino alboroto. Ocultas por el follaje, se reconocían las miles de manchas oscuras de una bandada de pájaros en descanso. Sin explicar nada a los dos hombres que lo acompañaban, Hervé Joncour detuvo su caballo, extrajo el revólver de la cintura y disparó seis tiros al aire. La bandada, aterrorizada, se elevó al cielo, como una nube de humo desprendida por un incendio. Era tan grande que hubieran podido verla a días y días de camino de allí. Oscura en el cielo, sin otra meta que su propia dispersión.

38.

SEIS DÍAS después Hervé Joncour se embarcó, en Takaoka, en un barco de contrabandistas holandeses que lo llevó a Sabirk. De allí remontó la frontera china hasta el lago Bajkal, atravesó cuatro mil kilómetros de tierra siberiana, superó los Urales, alcanzó Kiev y en tren recorrió toda Europa, de este a oeste, hasta llegar, después de tres meses de viaje, a Francia. El primer domingo de abril -a tiempo para la Misa Mayor- apareció en las puertas de Lavilledieu. Hizo detener la carroza y, por algunos minutos, permaneció sentado, inmóvil, detrás de las cortinas. Después descendió y continuó a pie, paso a paso, con un cansancio infinito.

Baldabiou le preguntó si había visto la guerra.

-No la que esperaba -respondió.

Por la noche entró en la cama de Hélene v la amó con tanta impaciencia que ella se asustó y no pudo contener las lágrimas. Cuando él se dio cuenta, ella se esforzó en sonreírle.

-Es sólo que soy muy feliz -le dijo despacio.

39.

HERVÉ JONCOUR entregó los huevos a los sericicultores de Lavilledieu. Después, durante días, no apareció por el pueblo, abandonando incluso el habitual, cotidiano paseo hasta el café. A comienzos de mayo, suscitando el estupor general, compró la casa abandonada de Jean Berbén, aquél que un día había dejado de hablar y hasta la muerte no había hablado más. Todos pensaron que tenía en mente construir allí su nuevo laboratorio. Él ni siquiera empezó a limpiarla. Iba de vez en cuando y permanecía, solo, en esos cuartos, nadie sabía haciendo qué. Un día llevó a Baldabiou.

-¿Pero tú sabes por qué Jean Berbeck dejó de hablar! -le preguntó.

-Es una de las tantas cosas que no dijo nunca.

Habían pasado años, pero los cuadros todavía colgaban de las paredes y las ollas del secadero, al lado del fregadero. No era una casa alegre y Baldabiou, por él, se hubiera ido enseguida.. Pero Hervé Joncour seguía mirando fascinado aquellas paredes enmohecidas y muertas. Era evidente: buscaba una cosa allá dentro.

-Tal vez la vida, a veces, te cambia de una forma que no hay nada más que decir.

Dijo.

-Nada más, para siempre.

A Baldabiou no le gustaban mucho los temas serios. Estaba observando la cama de Jean Berbeck.

-Tal vez cualquiera hubiera enmudecido con una casa tan horrenda.

Hervé Joncour siguió por días conduciendo una vida retirada, dejándose ver poco en el pueblo y pasando el tiempo trabajando en su proyecto del parque que tarde o temprano construiría. Llenaba hojas y hojas de diseños extraños, que parecían máquinas. Una tarde Hélene le preguntó

-¿ Qué son ?

-Es una jaula.

-¿Una jaula?

-Sí.

-¿Y para qué sirve?

Hervé Joncour tenía los ojos fijos en aquellos dibujos.

-Tú la llenas de pájaros, todo lo que puedas; después, un día que te suceda algo feliz, la abres de par en par y los miras volar afuera.

40.

A FINALES DE julio Hervé Joncour partió con la mujer hacia Niza. Se establecieron en una pequeña villa a la orilla del mar. Así lo había querido Hëlêne, convencida de que la serenidad de un refugio apartado resultaría propicia para despejar el humor melancólico que parecía haberse apoderado del marido. Había tenido la perspicacia, eso sí, de hacerlo pasar por un capricho personal, regalando al hombre que amaba el placer de perdonárselo.

Transcurrieron tres semanas de pequeña, inatacable felicidad. En los días en que el calor se hacía más benigno alquilaban una carroza y se divertían descubriendo los lugares escondidos en las colinas, desde los cuales el fondo del mar parecía hecho de papel coloreado. De vez en cuando se dejaban caer por la ciudad para un concierto o una velada mundana. Una tarde aceptaron la invitación de un barón italiano que festejaba su sexagésimo cumpleaños con una solemne cena en el Hotel Suisse. Estaban en el postre cuando la mirada de Hervé Joncour fue a dar a la de Hélène. Estaba sentada al otro lado de la mesa, al lado de un seductor caballero inglés que, curiosamente ostentaba en la solapa *tight* una coronita de pequeñas flores azules. Hervé Joncour lo vio inclinarse hacia Hélene y susurrarle alguna cosa en la oreja. Hélene se echó a reír de una manera bellísima, y riendo se ladeó ligeramente hacia el caballero inglés, llegando a rozarle con sus cabellos la espalda, en un gesto que no tenía ningún embarazo, sino sólo una desconcertante exactitud. Hervé Joncour bajó la mirada hacia el plato. No pudo menos que notar que su propia mano, aferrada a una cucharita de plata, estaba indudablemente temblando.

Más tarde, en el salón de fumar, se acercó, tambaleando por el mucho alcohol bebido, aun hombre que, sentado solo en la mesa, miraba ante sí con una vaga expresión idiota en el rostro. Se inclinó hacia él y le dijo lentamente

-Debo comunicarle una cosa muy importante, *monsieur* Todos damos asco. Somos todos maravillosos, y todos damos asco.

El hombre venía de Dresde. Comerciaba con reses y entendía poco el francés. Prorrumpió en una fragorosa risotada, haciendo señal de que sí con la cabeza, repetidamente: parecía que no fuera parar nunca.

Hervé Joncour y su mujer permanecieron en la Rivera hasta el inicio de septiembre. Dejaron la pequeña villa con tristeza, ya que habían sentido leve, dentro de aquellos muros, la suerte de amarse.

41.

BALDABIOU LLEGÓ a la casa de Hervé Joncour muy temprano. Se sentaron en el pórtico.

-No es nada del otro mundo como parque.

-Todavía no he empezado a construirlo, Baldabiou.

-Ah, ya.

Baldabiou no fumaba nunca por la mañana. Sacó la pipa, la cargó y la encendió.

-Conocí al tal Pasteur. Es un tipo que sabe. Me ha mostrado. Es capaz de distinguir los huevos infectados de los sanos. No los sabe curar, claro. Pero puede aislar los sanos. y dice que probablemente un treinta por ciento de los que producimos lo estén.

Pausa.

-Dicen que en Japón se ha desatado la guerra, esta vez de verdad. Los ingleses le dan armas al gobierno, los holandeses a los rebeldes. Parece que se han puesto de acuerdo. Los dejan desahogarse y después toman todo y se lo reparten. EI consulado francés observa, ellos siempre observan. Sólo son buenos para mandar despachos que cuentan de masacres y de extranjeros degollados como ovejas.

Pausa.

-¿Queda un poco de café?

Hervé Joncour le sirvió café.

Pausa.

-Esos dos italianos, Ferreri y el otro, los que fueron a China el año pasado... han vuelto con quince mil onzas de huevos, mercancía buena, la han comprado incluso los de Bollet, dijeron que era cosa de primera calidad. Hace un mes partieron de nuevo... nos han propuesto un buen negocio, dan precios honestos, once francos la onza, todo cubierto con seguros. Es gente seria, tienen una organización a sus espaldas, venden huevos a media Europa. Gente seria, te lo digo.

Pausa.

-Yo no sé. Creo que nos la podemos arreglar. Con nuestros huevos, con el trabajo de Pasteur y, después, con lo que le podamos comprar a esos dos italianos... nos la podemos arreglar. En el pueblo todos dicen que es una locura volverte a mandar allá... con todo lo que cuesta... dicen que es demasiado arriesgado, y en eso tienen razón, las otras veces era distinto, pero ahora... ahora es difícil volver vivo de allí.

Pausa.

-El hecho es que ellos no quieren perder los huevos. Y yo no te quiero perder a ti.

Hervé Joncour permaneció un rato con la mirada apuntando hacia el parque sin construir. Después hizo una cosa que nunca había hecho.

-Iré al Japón, Baldabiou.

Dijo.

-Compraré esos huevos y, si es necesario, lo haré con mi dinero. Tú sólo debes decidir si se los vendo a ustedes o a cualquier otro.

Baldabiou no se lo esperaba. Era como ver ganar al manco, en el último golpe, cuatro bandas; una geometría imposible.

42.

BALDABIOU LES comunicó a los cultivadores de Lavilledieu que Pasteur no era de fiar, que los dos italianos ya habían engañado a media Europa, que en Japón la guerra se acabaría antes del invierno y que santa Inés, en un sueño, le había preguntado si no eran todos un rebaño de cobardes. Sólo a Hélene no fue capaz de mentirle.

-¿Es realmente necesario que vaya, Baldabiou?

-No.

-¿Entonces por qué lo hace?

-Yo no puedo detenerlo. Y si él quiere ir allá, sólo puedo darle un motivo más para que vuelva.

Todos los cultivadores de Lavilledieu consignaron, contra su voluntad, la cuota para financiar la expedición. Hervé Joncour inició los preparativos, y a comienzos de octubre estuvo listo para partir.

Hélene, como todos los años, lo ayudó sin preguntarle nada y escondiéndole cualquier inquietud suya. Sólo la última tarde, después de apagar la lámpara, encontró fuerzas para decirle

-Prométeme que volverás.

Con voz firme, sin dulzura.

-Prométeme que volverás.

En la oscuridad, Hervé Joncour respondió

-Te lo prometo.

43.

El 10 DE OCTUBRE de 1864, Hervé Joncour partió para su cuarto viaje al Japón. Cruzó la frontera francesa cerca de Metz, atravesó Württemberg y Baviera, entró en Austria, alcanzó en tren Viena y Budapest para luego proseguir hasta Kiev. Recorrió a caballo dos mil kilómetros de estepa rusa, superó los Urales, entró en Siberia, viajó por cuarenta días hasta encontrar el lago Bajkal, que la gente del lugar llamaba: el santo. Remontó el curso del río Amur, caboteando la frontera china hasta el océano, y cuando llegó al océano se detuvo en el puerto de Sabirk por ocho días, hasta que un barco de contrabandistas holandeses lo llevó a Cabo Teraya, sobre la costa oeste del Japón. A caballo, recorriendo caminos secundarios, atravesó las provincias de Ishikawa, Toyama, Niigata y entró en la de Fukushima. Cuando llegó a Shirakawa encontró la ciudad semidestruida y una guarnición de soldados estatales acampada entre los escombros. Rodeó la ciudad por el lado este y esperó en vano durante cinco días al emisario de Hara Kei. Al alba del sexto día partió hacia las colinas, con dirección norte. Tenía pocos mapas, aproximativos, y lo que quedaba en sus recuerdos. Vagó por días, hasta que reconoció un río, y después un bosque, y después un camino. Al final del camino encontró el pueblo de Hara Kei: completamente quemado: casas, árboles, todo.

No había nada.

Ni un alma.

Hervé Joncour permaneció inmóvil, mirando aquel brasero apagado. Tenía a sus espaldas un camino de ocho mil kilómetros. y delante de él la nada. De improviso, vio lo que pensaba invisible.

El fin del mundo.

44.

HERVÉ JONCOUR permaneció por horas entre las ruinas del pueblo. No conseguía irse, aunque sabía que cada hora perdida podía significar el desastre para él y para toda Lavilledieu: no tenía huevos de gusano e incluso si los hubiera encontrado no le quedaban más que un par de meses para atravesar el mundo antes de que se abrieran por el camino transformándose en un cúmulo de larvas inútiles. Incluso un sólo día de retraso podía significar el fin. Lo sabía; sin embargo, no se animaba a irse. Así permaneció allí hasta que ocurrió una cosa sorprendente e irrazonable: de la nada, de un momento a otro, apareció un chiquillo. En harapos, caminaba con lentitud, mirando al extranjero con miedo en los ojos. Hervé Joncour no se movió. El chiquillo dio todavía unos pasos más y se detuvo. Permanecieron mirándose, a pocos metros uno del otro. Después el chiquillo sacó algo de debajo de los harapos y temblando de miedo se acercó a Hervé Joncour y se lo ofreció. Un guante. Hervé Joncour vio de nuevo la orilla de un lago, y un vestido naranja abandonado en el suelo, y las pequeñas olas que posaba el agua en la ribera, como impulsadas, allí, desde lejos. Tomó el guante y sonrió al chiquillo.

-Soy yo, el francés... el hombre de la seda, el francés, me entiendes?.. soy yo.

El chiquillo dejó de temblar.

-Francés.

Tenía los ojos brillantes, pero reía. Comenzó a hablar, veloz, casi gritando, y a correr, haciendo señas a Hervé Joncour de seguirlo. Desapareció en un sendero que entraba en el bosque, en dirección a las montanas.

Hervé Joncour no se movió. Le daba vueltas entre las manos a ese guante, como si fuera la única cosa que le quedara de un mundo perdido. Sabía que ya era demasiado tarde. y que no tenía elección.

Se levantó. Lentamente se acercó al caballo. Montó en la silla. Después hizo una cosa extraña. Golpeó los talones contra el vientre del animal. Y partió. Hacia el bosque, detrás del chiquillo, hasta el fin del mundo.

45.

VIAJARON DURANTE días, hacia el norte, por las montañas. Hervé Joncour no sabía por dónde estaban caminando: pero dejó que el chiquillo lo guiase, sin intentar preguntarle nada. Encontraron dos pueblos. La gente se escondía en las casas. Las mujeres escapaban. Él chiquillo se divertía como loco gritándoles cosas incomprensibles. No tenía más de catorce años. A menudo soplaba dentro de un pequeño instrumento de caña, del cual sacaba los cantos de todos los pájaros del mundo. Tenía el aire de hacer la cosa más bella de su vida.

El quinto día llegaron a la cima de una colina. El chiquillo indicó un punto, delante de ellos, sobre el camino que descendía al valle. Hervé Joncour tomó el catalejo y lo que vio fue una especie de cortejo: hombres armados, mujeres y niños, carros, animales. Un pueblo entero: de viaje. A caballo, vestido de negro, Hervé Joncour vio a Hara Kei. Detrás de él oscilaba una litera cerrada por los cuatro lados con telas de vistosos colores.

46.

EL CHIQUILLO bajó del caballo, dijo algo y se marchó. Antes de desaparecer entre los árboles, se dio la vuelta y por un segundo permaneció allí, buscando un gesto para decir que había sido un viaje bellísimo.

-Ha sido un viaje bellísimo -le gritó Hervé Joncour.

Durante todo el día Hervé Joncour siguió, de lejos, la caravana. Cuando la vio detenerse por la noche, continuó por todo el camino hasta que vinieron a su encuentro dos hombres armados que tomaron su caballo y el equipaje y lo condujeron a una tienda. Esperó largo rato, después Hara Kei llegó. No hizo un gesto de saludo. Ni siquiera se sentó.

-¿Cómo has llegado hasta aquí, francés?

Hervé Joncour no respondió.

-Te he preguntado quién te ha traído hasta aquí.

Silencio.

-Aquí no hay nada para ti. Sólo guerra. y no es tu guerra. Vete.

Hervé Joncour sacó una pequeña bolsa de piel, la abrió y la vació en el suelo. Pepitas de oro.

-La guerra es un juego caro. Tu necesitas de mí. Yo necesito de ti.

Hara Kei ni siquiera miró el oro derramado en el suelo. Dio la vuelta y se marchó.

47.

HERVÉ JONCOUR pasó la noche en los márgenes del campo. Nadie le habló, nadie parecía verlo. Todos dormían en el suelo, cerca de los fuegos. Sólo había dos tiendas. Al lado de una, Hervé Joncour vio la litera, vacía: colgadas en las cuatro esquinas se veían pequeñas jaulas: pájaros. De las rejas de las jaulas pendían minúsculas campanitas de oro. Sonaban, ligeras, en la brisa de la noche.

48.

CUANDO SE despertó, vio a su alrededor el pueblo que se aprestaba a ponerse en camino. Ya no había tiendas. La litera todavía estaba allí, abierta. La gente subía a los carros, silenciosa. Se levantó y miró alrededor por un largo rato, pero sólo eran ojos de aspecto oriental los que cruzaban los suyos y enseguida se bajaban. Vio hombres armados y niños que no lloraban. Vio los rostros que tiene la gente cuando huye. Y vio un árbol, al borde del camino. Y colgado de una rama, ahorcado, al niño que lo había llevado hasta allí.

Hervé Joncour se acercó y durante un rato se quedó mirándolo, como hipnotizado. Después cortó la cuerda amarrada al árbol, recogió el cuerpo del chiquillo, lo posó en el suelo y se arrodilló a su lado. No era capaz de apartar los ojos de ese rostro. Así, no vio al pueblo ponerse en camino; sólo sintió, a lo lejos, el rumor de aquella procesión que lo acariciaba, remontando el camino. No alzó la mirada ni siquiera cuando oyó la voz de Hara Kei, a un paso de él, que decía

-Japón es un país antiguo, ¿sabes? Su ley es antigua: dice que existen doce crímenes por los cuales resulta lícito condenar a un hombre a muerte. Y uno es llevar un mensaje de amor de su ama.

Hervé Joncour no apartó los ojos del chiquillo asesinado.

-No llevaba mensajes de amor con él.

-Él *era* un mensaje de amor.

Hervé Joncour sintió alguna cosa oprimir su cabeza, y doblarle el cuello hacia la tierra.

-Es un fusil, francés. No levantes la mirada, te lo ruego.

Hervé Joncour no comprendió de inmediato. Después sintió, en el rumor de aquella procesión en fuga, el sonido dorado de mil minúsculas campanas que se acercaban, poco a poco, remontaban el camino hacia él, paso tras paso, y si bien ante sus ojos sólo estaba aquella tierra oscura, podía imaginarla, la litera, oscilar como un péndulo, y casi verla, remontar la vía, metro a metro, acercarse, lenta pero implacable, llevada por aquel sonido que se volvía siempre más fuerte, intolerablemente fuerte, siempre más cerca, cerca al punto de acariciarlo, un estruendo dorado, justo delante de él, ahora, exactamente delante de él -en aquel momento- aquella mujer delante de él. -

Hervé Joncour levantó la cabeza.

Telas maravillosas, seda, todo en torno a la litera, mil colores, naranja, blanco, ocre, argento, ni una hendidura en aquel nido maravilloso, sólo el rumor de esos colores ondulantes en el aire, impenetrables, más ligeros que la nada.

Hervé Joncour no sintió una explosión destrozarle la vida. Sintió aquel sonido alejarse, el cañón del fusil separarse de él y la voz de Hara Kei decir despacio

-Vete, francés. y no vuelvas nunca más

49.

SOLAMENTE SILENCIO, en el camino. El cuerpo de un chiquillo, en el suelo. Un hombre arrodillado.
Hasta las últimas luces del día.

50.

.HERVÉ JONCOUR tardó once días en llegar hasta Yokohama. Corrompió a un funcionario japonés y se procuró dieciséis cartones de huevos de gusano, provenientes del sur de la isla. Los envolvió en paños de seda y los disimuló en cuatro cajas de madera, redondas. Halló un barco para el continente, y a principios de marzo llegó a la costa rusa. Escogió la vía más al norte, buscando el frío para bloquear la vida de los huevos y alargar el tiempo que faltaba para que se abrieran. Atravesó a marchas forzadas cuatro mil kilómetros de Siberia, cruzó los Urales y llegó a San Petersburgo. Compró a peso de oro quintales de hielo y los cargó, junto con los huevos, en la bodega de un mercante directo a Hamburgo. Necesitó seis días para llegar. Descargó las cuatro cajas de madera, redondas; salió en un tren directo hacia el sur. Después de once horas de viaje, apenas salidos de un sitio llamado Eberfeld, el tren se detuvo para reaprovisionarse de agua. Hervé Joncour miró alrededor. Picaba un sol veraniego sobre los campos de grano, y sobre todo el mundo. Sentado frente a él estaba un comerciante ruso: se había quitado los zapatos y se daba aire con la última página de un periódico escrito en alemán. Hervé Joncour se puso a mirarlo. Vio las marcas de sudor en la camisa y las gotas que le perlaban la frente y el cuello. El ruso dijo algo, riendo. Hervé Joncour le sonrió, se levantó, tomó las maletas y bajó del tren. Lo recorrió hacia atrás hasta el último vagón, un vagón de carga que transportaba pescado y carne conservados en el hielo. Escurría agua como una palangana acribillada por mil proyectiles. Abrió la portezuela, subió al vagón y una tras otra tomó las cajas de madera, redondas, las sacó y las puso en el suelo, al lado del andén. Después cerró la portezuela y se puso a esperar. Cuando el tren estuvo listo para salir, le gritaron que se apresurara y que subiera. Él respondió sacudiendo la cabeza e insinuando un gesto de despedida. Vio el tren alejarse y después desaparecer. Esperó hasta no sentir ni siquiera el rumor. Después se inclinó sobre una de las cajas de madera, quitó los sellos y la abrió. Hizo lo mismo con las otras tres. Lentamente, con cuidado. .

Millones de larvas. Muertas.

Era el 6 de mayo de 1865.

51.

HERVÉ JONCOUR entró en Lavilledieu nueve días más tarde. Su mujer Hélene vio de lejos la carroza subir por la alameda. Se dijo que no debía llorar y que no debía escapar.

Bajó hasta la puerta de ingreso, la abrió y se detuvo en el umbral.

Cuando Hervé Joncour llegó cerca de ella, sonrió. Él, abrazándola, le dijo

-Quédate conmigo, te lo ruego.

Esa noche se quedaron despiertos hasta tarde, sentados en el prado delante de la casa, uno al lado del otro. Hélene le contó de Lavilledieu, y' de todos esos meses pasados esperando, y de los últimos días, horribles.

-Estabas muerto.

Dijo.

-Y no quedaba nada hermoso en el mundo.

52.

EN LAS GRANJAS de Lavilledieu la gente miraba las moreras cargadas de hojas y veía la propia ruina. Baldabiou había encontrado algunas partidas de huevos, pero las larvas morían apenas salían a la luz. la seda cruda que se logró recabar de las pocas larvas sobrevivientes bastaba apenas para dar trabajo a dos de las siete hilanderías del pueblo.

-¿Tienes alguna idea? -preguntó Baldabiou.

-Una-respondió Hervé Joncour.

Al día siguiente anunció que haría construir, en esos meses del verano, el parque de su villa. Contrató hombres y mujeres en el pueblo por docenas. Desboscaron la colina y nivelaron el perfil, haciendo más suave el declive que conducía al valle. Con árboles y setos diseñaron sobre la tierra laberintos leves y transparentes. Con flores de todo tipo construyeron jardines que se abrían como claros, sorpresivos, en el corazón de pequeños bosques de abedules. Hicieron llegar el agua desde el río y la hicieron bajar, de fuente en fuente, hasta el límite occidental del parque, donde se recogía en un pequeño lago rodeado de prados. Al sur, en medio de los limoneros y los olivos, construyeron una gran jaula. Hecha de hierro y madera, parecía un bordado suspendido en el aire.

Trabajaron cuatro meses. A fines de septiembre el parque estuvo listo. Nadie, en Lavilledieu, había visto nada parecido. Decían que Hervé Joncour había gastado todo su capital. También decían que había regresado cambiado, tal vez enfermo, del Japón. Decían que había vendido los huevos a los italianos y que ahora tenía un patrimonio en oro que lo esperaba en los bancos de París. Decían que si no hubiera sido por su parque, se habrían muerto de hambre ese año. Decían que era un estafador. Decían que era un santo. Alguien decía: tiene algo por dentro, como una especie de infelicidad.

53.

TODO LO que Hervé Joncour dijo sobre su viaje fue que los huevos se habían abierto en un lugar cercano a Colonia, y que el sitio se llamaba Eberfeld.

Cuatro meses y trece días después de su regreso, Baldabiou se sentó frente a él sobre la orilla del lago, en el límite occidental del parque, y le dijo

-Tarde o temprano, de todos modos, tendrás que decirle a alguien la verdad.

Lo dijo quedo, con fatiga, porque no creía, nunca, que la verdad sirviera de algo.

Hervé Joncour dirigió la mirada hacia el parque.

Todo en derredor era otoño falsa luz.

-La primera vez que vi a Hara Kei llevaba una túnica oscura, estaba sentado con las piernas cruzadas, inmóvil, en una esquina del cuarto. Extendida a su lado, con la cabeza apoyada en su regazo, había una muchacha. Sus ojos no tenían un aspecto oriental, y su rostro era el rostro de una chiquilla.

Baldabiou estuvo oyendo, en silencio, hasta el final, hasta el tren de Eberfeld.

No pensaba nada.

Escuchaba.

Le hizo daño oír, al final, que Hervé Joncour dijera quedo

-Nunca oí ni siquiera su voz.

Y después de una pausa

-Es un dolor extraño.

Quedo.

-Morir de nostalgia por algo que no vivirás jamás.

Subieron por el parque caminando uno al lado del otro. La única cosa que Baldabiou dijo fue

-¿Pero por qué diablos hace este frío de mierda?

Lo dijo de un momento a otro.

54.

Al COMIENZO del nuevo año -1886- Japón declaró oficialmente lícita la exportación de huevos de
gusano de seda.

En el siguiente decenio, la sola Francia llegaría a importar huevos japoneses por diez millones de francos.

Desde 1869, con la apertura del canal de Suez, llegar a Japón, por otra parte, habría significado no más de veinte días de viaje y poco menos de veinte días volver .

La seda artificial sería patentada, en 1884, por un francés llamado Chardonnet.

55.

SEIS MESES después de su retorno a Lavilledieu, Hervé Joncour recibió por correo un sobre color mostaza. Cuando lo abrió, se encontró siete hojas de papel, cubiertas por una densa y geométrica escritura: tinta negra: ideogramas japoneses. Además del nombre y la dirección en el sobre, no había una sola palabra escrita en caracteres occidentales. Por los timbres, la carta parecía provenir de Ostende.

Hervé Joncour la hojeó y la observó largamente. Parecía un catálogo de huellas de pequeños pájaros, compilado con meticulosa locura. Era sorprendente pensar que en vez de eso eran signos, es decir, cenizas de una voz quemada.

56.

POR DÍAS y DÍAS Hervé Joncour tuvo la carta con él, doblada en dos, metida en el bolsillo. Si cambiaba de vestido, la ponía en el nuevo. No la abrió nunca para mirarla. De vez en cuando le daba vueltas en la mano, mientras hablaba con un aparcero, o esperaba que llegara la hora de la cena sentado en la terraza. Una tarde se puso a observarla contra la luz de la lámpara en su estudio. En transparencia, las huellas de los minúsculos pájaros hablaban con voz desenfrenada. Decían algo completamente insignificante o algo capaz de revolucionar una vida: no era posible saberlo, esto le gustaba a Hervé Joncour. Sintió llegar a Hélene. Puso la carta sobre la mesa. Ella se aproximó y, como todas las tardes antes de retirarse a su habitación, se inclinó a besarlo. Cuando se dobló hacia él, la camisa de noche se le abrió un poco en el pecho. Hervé Joncour vio que no tenía nada debajo, y que sus senos eran pequeños y cándidos como los de una chiquilla.

Por cuatro días siguió haciendo su vida, sin cambiar nada en los prudentes ritos de su jornada. La mañana del quinto día se puso un elegante conjunto gris y partió para Nimes. Dijo que regresaría antes del anochecer.

57.

EN LA CALLE MOSCAT, en el 12, todo era igual a tres años antes. La fiesta no había terminado aún. Todas las muchachas eran jóvenes y francesas. El pianista tocaba; con sordina, motivos que hablaban de Rusia. Tal vez era la vejez, tal vez algún dolor miserable: al final de cada pieza no se pasaba ya la mano derecha por entre el pelo y no murmuraba, quedo,

-*Voilà*

Permanecía mudo, mirándose desconcertado las manos.

58.

MADAME BIANCHE lo recibió sin una palabra. Los cabellos negros, brillantes; el rostro oriental, perfecto. Pequeñas flores azules en los dedos, como anillos. Un traje blanco, largo, casi transparente. Pies desnudos.

Hervé Joncour se sentó frente a ella. Sacó de un bolsillo la carta.

-¿Se acuerda de mí?

Madame Blanche asintió con una milimétrica señal de la cabeza.

-De nuevo necesito de usted.

Le entregó la carta. Ella no tenía ninguna razón para hacerlo, pero la tomó y la abrió. Miró las siete hojas, una por una, y después levantó la mirada hacia Hervé Joncour.

-Yo no amo esta lengua, *Monsieur*. Deseo olvidarla, y deseo olvidar esa tierra, y mi vida allá, y todo.

Hervé Joncour permaneció inmóvil, con las manos aferradas a los brazos de la poltrona.

-Yo leeré para usted esta carta. Lo haré. y no quiero dinero. Pero quiero una promesa: no vuelva a pedírmelo nunca.

-Se lo prometo, *madame*

Ella lo miró fijo a los ojos. Después bajó la mirada hacia la primera página de la carta, papel de arroz, tinta negra.

-Mi señor amado

Dijo

-no tengas miedo, no te muevas, quédate en silencio, nadie nos verá

59.

PERMANECE ASI, te quiero mirar, yo te he mirado tanto pero no eras para mí, ahora eres para mí, no te acerques, te lo ruego, quédate como estas, tenemos una noche para nosotros, y quiero mirarte, nunca te había visto así, tu cuerpo para mí, tu piel, cierra los ojos y acaríciate, te lo ruego.

dijo Madame Blanche, Hervé Joncour escuchaba

no abras los ojos si no puedes, y acaríciate, son tan bellas tus manos, las he soñado tanto que ahora las quiero ver, me gusta verlas sobre tu piel, así. sigue, te lo ruego, no abras los ojos, yo estoy aquí, nadie nos puede ver y yo estoy cerca de ti, acaríciate señor amado mío, acaricia su sexo, te lo ruego, despacio.

ella se detuvo. Continúe, por favor, dijo él,

es bella tu mano sobre tu sexo, no te detengas, me gusta mirarla y mirarte, señor amado mío, no abras los ojos, no todavía, no debes tener miedo estoy cerca de ti, ¿me oyes?, estoy aquí, puedo rozarte, y esta seda, ¿la sientes?, es la seda de mi vestido, no abras los ojos tendrás mi piel.

dijo ella, leía despacio, con una voz de mujer niña,

tendrás mis labios, cuando te toque por primera vez será con miss labios, tú no sabrás dónde, en cierto momento sentirás el calor de mis labios, encima, no puedes saber dónde si no abres los ojos, no los abras, sentirás mi boca donde no sabes, de improviso.

él escuchaba inmóvil, del bolsillo del traje gris asomaba un pañuelo blanco cándido,

tal vez sea en tus ojos, apoyaré mi boca sobre los párpados y las cejas, sentirás el calor entrar en tu cabeza, y mis labios en tus ojos, dentro, o tal vez sea sobre tu sexo, apoyare mis labios allí y los abriré bajando poco a poco.

Dijo ella, tenía la cabeza pegada a las hojas, y con una mano se acariciaba el cuello, lentamente

Dejaré que tu sexo cierre a medias mi boca, entrando entre mis labios, y empujando mi lengua, mi saliva bajará por tu piel hasta tu mano, mi beso y tu mano, uno dentro de la otra, sobre tu sexo.

él escuchaba, tenía la mirada fija en un marco de plata, colgado en la pared,

hasta que al final te bese en el corazón, porque te quiero, morderé la piel que late sobre tu corazón, porque te quiero, y con el corazón entre mis labios tú serás mío, de verdad, con mi boca en tu corazón tu serás mío para siempre, y si no me crees abre los ojos señor amado mío y mírame, soy yo, quién podrá borrar jamás este instante que pasa, y este mi cuerpo sin mas seda, tus manos que lo tocan, tus ojos que lo miran.

Dijo ella, se había inclinado hacia la lámpara, la luz daba contra los folios y pasaba a través de su vestido trasparente,

Tus dedos en mi sexo, tu lengua sobre mis labios, tú que resbalas debajo de mí, tomas mis flancos, me levantas, me dejas deslizar sobre tu sexo, despacio, quién podrá borrar esto, tú dentro de mí moviéndote con lentitud, tus manos sobre mi rostro, tus dedos en mi boca, el placer en tus ojos, tu voz, te mueves con lentitud, pero hasta hacerme daño, mi placer, mi voz

él escuchaba, en determinado momento se volvió a mirarla, la vio, quería bajar los ojos pero no lo consiguió,

mi cuerpo sobre el tuyo, tu espalda que me levanta, tus brazos que no me dejan ir, los golpes dentro de mi, es dulce violencia, veo tus ojos buscar en los míos, quieren saber hasta dónde hacerme daño, hasta donde tú quieras, señor amado mío, no hay fin, no finalizará, ¿lo ves?, nadie podrá cancelar este instante que pasa, para siempre echarás la cabeza hacia atrás, gritando, para siempre cerraré los ojos soltando las lágrimas de mis ojos, mi voz dentro de la

tuya, tu violencia temiéndome apretada, ya no hay tiempo para huir ni fuerza para resistir, tenía que ser este instante, y en este instante es, créeme, señor amado mío, este instante será, de ahora en adelante, será, hasta el fin,

dijo ella, con un hilo de voz, luego se detuvo.

No había más signos sobre la hoja que tenía en la mano: la última. Pero cuando la volteó para dejarla vio en el reverso unas líneas adicionales, tinta negra en el centro de la página blanca. Alzó la mirada hacia Hervé Joncour . Sus ojos la miraban fijamente, y ella entendió que eran ojos bellísimos. Bajó de nuevo la mirada al folio.

-No no veremos más, señor

Dijo.

-Lo que era para nosotros, ya lo hemos hecho y tú lo sabes. Créeme: lo hemos hecho para siempre. Conserva tu vida al margen de mí. Y no dudes ni un segundo, si es útil para tu felicidad, en olvidar a esta mujer que ahora te dice, sin remordimiento, adiós.

Estuvo un rato mirando la hoja, después la puso sobre las otras, cerca de sí, encima de una mesita de madera clara. Hervé Joncour no se movió. Sólo volteó la cabeza y bajó los ojos. Se encontró mirándose la raya de los pantalones, apenas insinuada pero perfecta, sobre la pierna derecha, de la ingle a la rodilla, imperturbable.

Madame Blanche se levantó, se inclinó sobre la lámpara y la apagó. En la habitación quedó la poca luz que, desde el salón, llegaba hasta allí. Se acercó a Hervé Joncour, se quito de los dedos un anillo de minúsculas flores azules y la dejó cerca de él. Después atravesó el cuarto, abrió una pequeña puerta pintada, escondida en la pared, y desapareció, dejándola entreabierta detrás de sí.

Hervé Joncour permaneció largo rato en esa extraña luz, girando entre los dedos un anillo de minúsculas flores azules. Llegaron del salón las notas de un piano cansado: disolvían el tiempo, hasta hacerlo casi irreconocible.

Finalmente se levantó, se acercó a la mesita de madera clara, recogió las siete hojas de papel de arroz. Atravesó el cuarto, pasó sin volverse delante de la pequeña puerta entreabierta y se marchó.

60.

HERVÉ JONCOUR transcurrió los años que siguieron escogiendo para sí la vida límpida de un hombre ya carente de necesidades. Pasaba sus días bajo la tutela de una mesurada emoción. En Lavilledieu la gente volvió a admirarlo, porque en él les parecía ver un modo *exacto* de estar el mundo. Decían que era así incluso de joven, antes del Japón.

Con su mujer, Hélene, tomó la costumbre de realizar, cada año, un pequeño viaje. Vieron Nápoles, Roma, Madrid, Mónaco, Londres. Un año llegaron hasta Praga, donde todo parecía: teatro. Viajaban sin fechas y sin programas. Todo los sorprendía: incluso su felicidad. Cuando sentían nostalgia del silencio, volvían a Lavilledieu.

Si se lo hubieran preguntado, Hervé Joncour habría respondido que vivirían así para siempre. Tenía la inatacable serenidad de los hombres que se sienten en su lugar. De vez en cuando, en los días de viento, descendía a través del parque hasta el lago se quedaba por horas, en la ribera, mirando la superficie del agua encresparse formando figuras impredecibles que brillaban por casualidad en todas las direcciones. Era uno solo, el viento: pero, sobre aquel espejo de agua, parecían miles, soplando. De todas partes. Un espectáculo. Leve e inexplicable.

De vez en cuando, en los días de viento, Hervé Joncour descendía hasta el lago y pasaba horas mirándolo, ya que, diseñado en el agua, le parecía ver el inexplicable espectáculo, leve, que había sido su vida.

61.

EL 16 DE JUNIO de 1871, en la parte trasera del café de Verdun, poco antes del mediodía, el manco acertó un cuatro bandas increíbles, con efecto hacia adentro. Baldabiou permaneció inclinado sobre la mesa, una mano detrás de la espalda, la otra sosteniendo el taco, incrédulo.

-No me digas.

Se levantó, guardó el taco y salió sin despedirse. Tres días después partió. le regaló sus dos hilanderías a Hervé Joncour.

-No quiero saber nada más de seda, Baldabiou.

-Véndelas, idiota.

Nadie fue capaz de arrancarle adónde diablos pensaba ir. Y a hacer qué, después. Mientras tanto, él sólo dijo algo sobre santa Inés que nadie entendió bien.

La mañana en que partió, Hervé Joncour lo acompañó, junto con Hélene, hasta la estación ferroviaria de Avignon. Llevaba una sola maleta, y también eso era discretamente inexplicable. Cuando vio el tren, detenido en la vía, puso la maleta en el suelo.

-Una vez conocí a alguien que se hizo construir
toda una ferrovía para él.

Dijo.

-Y lo bueno fue que la hizo construir toda derecha, centenares de kilómetros sin una curva. Había un porqué, pero ya no lo recuerdo. No se recuerdan nunca los porqués. Sea como sea: adiós.

No le gustaban mucho los asuntos serios. y un adiós es un asunto serio.

Lo vieron alejarse, a él y su maleta, para siempre.

Entonces Hélene hizo una cosa extraña. Se desprendió de Hervé Joncour y corrió detrás de él, hasta alcanzarlo, y lo abrazó, fuerte, y mientras lo abrazaba rompió a llorar.

No lloraba nunca, Hélene.

Hervé Joncour vendió aun precio ridículo las dos hilanderías a Michel Lariot, un buen hombre que por veinte años había jugado cada sábado dominó con Baldabiou, perdiendo siempre, con granítica coherencia. Tenía tres hijas. Las dos primeras se llamaban Florence y Sylvie. Pero la tercera: Inés.

62.

TRES AÑOS después, en el invierno de 1874, Hélene se enfermó de una fiebre cerebral que ningún médico pudo explicar ni curar. Murió a principios de marzo, un día que llovía.

Para acompañarla, por la alameda del cementerio, vino toda Lavilledieu: porque era una mujer alegre, que no había diseminado dolor.

Hervé Joncour hizo esculpir sobre su tumba una sola palabra.

Hélas.

Le dio las gracias a todos, dijo mil veces que no necesitaba nada y regresó a su casa. Nunca le había parecido tan grande: y nunca tan ilógico su destino.

Como la desesperación era un exceso que no le pertenecía, se inclinó sobre cuanto había quedado de su vida y volvió a preocuparse por todo con la indestructible tenacidad de un jardinero en el trabajo, la mañana después dela tormenta.

63.

DOS MESES y once días después de la muerte de Hélene le ocurrió a Hervé Joncour acercarse al cementerio y encontrar, al lado de las rosas que cada semana dejaba sobre la tumba de su mujer, una coronita de minúsculas flores azules. Se inclinó a observarlas, y durante largo rato permaneció en esa posición, que desde lejos no habría dejado de resultar, a los ojos de eventuales testigos, bastante singular, si no francamente ridícula. Vuelto a casa, no salió a trabajar en el parque, como era su costumbre, sino que permaneció en su estudio, pensando. No hizo otra cosa durante días. Pensar.

64.

EN LA CALLE MOSCAT, en el 12, encontró el taller de un sastre. Le dijeron que Madame Blanche no vivía allí desde hacía años. Pudo averiguar que se había trasladado a París, donde se había convertido en la mantenida de un hombre muy importante, tal vez un político.

Hervé Joncour fue a París.

Tardó seis días para descubrir dónde vivía. Le envió un mensaje, pidiéndole ser recibido. Ella le respondió que lo esperaba a las cuatro del día siguiente. Puntualmente, él subió al segundo piso de un elegante palacio en el Boulevard des Capucines. Le abrió la puerta una camarera. Lo introdujo en el salón y le pidió que se acomodara. Madame Blanche apareció vestida con un traje muy elegante y muy francés. Tenía el pelo largo, cayéndole por la espalda, como quería la moda parisina. No tenía anillos de flores azules en los dedos. Se sentó frente a Hervé Joncour, sin una palabra. y se puso a esperar .

Él la miró a los ojos. Pero como hubiera podido hacerlo un niño.

-¿Usted escribió esa carta, no es verdad?

Dijo.

-Hélene le pidió escribirla y usted lo hizo.

Madame Blanche permaneció inmóvil, sin bajar la mirada, sin traicionar el mínimo estupor.

Después, lo que dijo fue

-No fui yo quien la escribió.

Silencio.

-Esa carta la escribió Hélene.

Silencio.

-Ya la había escrito cuando vino a verme. Me pidió que la copiara en japonés. y yo lo hice. Es la verdad.

Hervé Joncour entendió en aquel instante que seguiría oyendo esas palabras por toda la vida. Se levantó, pero permaneció quieto, de pie, como si de improviso hubiera olvidado adónde iba. Le llegó como desde lejos la voz de Madame Blanche.

-Incluso quiso leerme la carta. Tenía una voz bellísima. y leía esas palabras con una emoción que, no he podido olvidar. Era como si de verdad fueran suyas.

Hervé Joncour atravesaba, con pasos lentísimos, la habitación.

-Sabe, *monsieur* yo creo que ella hubiera deseado, más que ninguna otra cosa, *ser esa mujer*. Usted no lo puede entender. Pero yo la escuché leer esa carta. Sé que es así.

Hervé Joncour había llegado a la puerta. Apoyó la mano en la manija. Sin volverse, dijo quedo

-Adiós, *Madame.*

No se vieron nunca más.

65.

HERVÉ JONCOUR vivió todavía veintitrés años, la mayor parte de ellos en serenidad y buena salud. No se alejó más de Lavilledieu, ni abandonó nunca su casa. Administraba sabiamente sus haberes, y eso lo mantuvo siempre al resguardo de cualquier trabajo que no fuera el cuidado de su propio parque. Con el tiempo empezó a concederse un placer que al principio siempre se había negado: a los que iban a buscarlo, les contaba de sus viajes. Escuchándolo, la gente de Lavillodieu conocía el mundo y los niños descubrían qué cosa era la maravilla. Él relataba despacio, mirando en el aire cosas que los demás no veían.

El domingo iba hasta el pueblo, para la Misa Mayor. Una vez al año daba una vuelta por las hilanderías para tocar la seda recién nacida. Cuando la soledad le apretaba el corazón, iba al cementerio a hablar con Hélene. El resto de su tiempo lo consumía en una liturgia de hábitos que conseguían defenderlo de la infelicidad. De vez en cuando, en los días de viento, descendía hasta el lago y pasaba horas mirándolo, ya que, diseñado en el agua, le parecía ver el inexplicable espectáculo, leve, que había sido su vida.

Fin.